

HOMILÍA CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS - 2011 CICLO “A”

La Iglesia, después de haber celebrado con las debidas alabanzas la felicidad y el gozo de todos sus hijos bienaventurados en el cielo, reza al Señor por las almas de todos los que nos han precedido con el signo de la fe y duermen en la esperanza de la resurrección.

La Iglesia ora también por todos los difuntos desde el principio del mundo, cuya fe sólo Dios conoce, para que, purificados de toda mancha del pecado y asociados a los ciudadanos celestes, puedan gozar de la visión de Dios en el Reino de los cielos.

Oremos también por nuestros seres queridos a los que Dios ya ha llamado de este mundo.

“Acuérdate, Señor, de todos los hombres que han dejado ya este Mundo. Concédenos que participemos en la Vida Eterna con la Virgen María, con los Apóstoles y los Santos de todos los tiempos que han vivido en tu amistad” (Plegaria Eucarística II)

Unas sugerencias para la Homilía

1.- No tenemos ciudad permanente aquí

No nos equivoquemos. No tenemos una ciudad permanente para vivir en este mundo, pues somos peregrinos y vamos caminando hacia otra ciudad que ya no se acaba, la ciudad y casa de Dios. Por eso:

* No demos nuestro corazón a las cosas de este mundo. Todas las hemos de dejar en esta tierra.

* No nos dejemos llevar por la avaricia y la codicia. ¡Señor! No te pido riqueza ni pobreza; dame lo necesario para vivir.

* No nos dejemos deslumbrar ni seducir por el brillo del dinero, por el señuelo del poder, por el atractivo de la fama y la imagen, por los placeres de este mundo. Todo esto es pasajero y transitorio. Al final dejan un vacío en el ser humano.

Pidamos al Señor que nos ayude a vencer las tentaciones de cada día que nos inclinan a la búsqueda del dinero, de la fama, del gozo de este mundo a espaldas de Dios.

2.- Buscamos otra, la ciudad de Dios

Somos hijos de esperanza. Recordemos las palabras de San Pedro Apóstol, en un texto memorable:

“Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha engendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento” (IPedr. 1,3-5).

Fundamentada en estas enseñanzas, la Iglesia proclama su esperanza en el Prefacio de Difuntos:

“La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una mansión eterna en el cielo”.

3.- Un día resucitaremos

Recordemos una vez más las palabras de Jesucristo que tanta paz nos dan y tanta esperanza nos infunden:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí aunque haya muerto vivirán; y todo el que vive y cree en Mí no morirá jamás” (Jn.11,25-26).

“El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn.6,54).

El Concilio Vaticano II en continuidad con estas palabras de Cristo, enseña: “Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre! “ (GS 22).

4.- Para la Vida Eterna

Pidamos al Señor que nos ayude siempre con su gracia a vivir unidos a Él, a perseverar en la fe, esperanza y caridad, y a terminar nuestros días en paz con Dios, con los demás y con nosotros mismos. “Nos has hecho para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Ti”. “En la vida y en la muerte somos del Señor”

Cáceres, 30 de octubre de 2011

Florentino Muñoz Muñoz